

## **FIRMA DEL LIBRO DE ORO DE LA CIUDAD DE BERLÍN - Berlín, 24 de noviembre de 2000**

¡Cuántas evocaciones, cuántas emociones, cuántos nombres ilustres me rodean de repente cuando pienso en la bella e histórica ciudad de Berlín!

Podría cerrar los ojos e imaginar a Alexander von Humboldt, - ese prusiano universal que realizó con espíritu científico el “segundo descubrimiento de América”-, salir de esta ciudad a finales del siglo dieciocho, con su cargamento de libros y preguntas, para llegar a la tierra de América, ante la cual exclamó maravillado: “¡Qué espectáculo más hermoso se abre ante mis ojos!”.

Humboldt: el sabio que recorrió la tierra colombiana, haciendo amigos y cosechando admiración; estudiando nuestro paisaje y nuestras costumbres, y compartiendo sus conocimientos con los jóvenes idealistas que entonces comenzaban a forjar el sueño de la independencia.

Pero hablar de Berlín es también recordar ese terrible muro de la infamia que por tanto tiempo laceró la conciencia del mundo, como una cicatriz en el rostro de Europa, y que hace

once años fue derrumbado por la presión enorme de la libertad, por el fervor democrático de los berlineses, y por su inagotable capacidad de lucha y de resistencia.

Hoy nos admiramos ante los vestigios de lo que alguna vez fue símbolo de la Guerra Fría y ahora es signo vivo de los nuevos tiempos que presiden la historia de la humanidad: tiempos de apertura, de pluralismo ideológico y de tolerancia.

Por eso, en este momento en que contemplo la belleza y pujanza de esta ciudad unificada, como un testimonio de fe ubicado en el centro neurálgico de Europa, puedo decir, con las palabras históricas del ex-Canciller Willy Brandt, que me siento feliz de estar en esta capital: *“wo zusammenwächst was zusammengehört”*.

Apreciado Señor Alcalde Diepgen y amigos berlineses:

La gloriosa y hermosa Puerta de Brandeburgo está hoy abierta como la esperanza del mundo en medio de Berlín. Bajo su umbral se reúnen las nuevas generaciones de alemanes, que quieren unirse al mundo con gestos de amistad, tal como lo

hicieron hace dos semanas más de 70.000 personas que se congregaron para rechazar la xenofobia y el racismo.

El presidente John Kennedy dijo en una visita memorable que él era un berlinés más. Pues bien: hoy son los berlineses los que anuncian con sus hechos a las naciones del planeta que ellos también son parte actuante de un mundo global y solidario.

Cuando pienso en Berlín vienen a mi mente tiempos de dificultades y tiempos de bonanza. Pienso en los hermosos bulevares, catedrales, museos y castillos; pienso en el parque Tiergarten y en los cientos de hectáreas de bosques y naturaleza, y no puedo menos que admirar la civilización y la grandeza de esta ciudad simbólica que hoy ocupa de nuevo el centro político de Alemania.

Con este *collage* de imágenes en el corazón, hoy me siento más que honrado al recibir la amable bienvenida y la hospitalidad del señor alcalde de Berlín, Eberhard Diepgen, y al tener el privilegio de firmar el Libro de Oro de la ciudad.

Yo vengo de Colombia, la tierra que tiene aroma de café y perfume de flores, la que maravilló a Humboldt y a tantos alemanes que la convirtieron en su hogar, la que lucha incansable por un futuro mejor para ella y para todos los pueblos del mundo.

Y con la cálida atmósfera de nuestro clima tropical, con el ritmo vibrante de nuestra música y la imaginación sin límites de nuestro arte y nuestra literatura, hoy quiero rendir un homenaje a Berlín: a su coraje, a su tradición y a su futuro.

Yo veo a Berlín, como en una película de Wim Wenders, rodeada por ángeles conmovidos que observan el devenir de los humanos y que acuden compasivos en su auxilio. Yo la veo -como lo hicieron Nastassja Kinski y Otto Sander desde la cumbre alada de la Columna de la Victoria- como una metrópoli de esperanza.

“Tan lejos y tan cerca”, como sólo puede vivirla el corazón.

Muchas gracias